

puede que alguna vez bebiese y lo dejase por ver los conejos y las liebres corriendo a pares por los caminos y no saber a quién seguir, si a las de la izquierda o la derecha, para políticas y carreras estaba él, un saco de huesos cubiertos de una piel tirando a sucia y casi calva, playa donde se explayaban los parásitos...

Las mujeres, no iban a los bares, ni fumaban, ni se pintaban. Lo suyo era cuidar la casa, barrer, lavar, cocinar, atender al marido y los hijos, echar de comer a las gallinas y al cerdo, ir a por agua al "caño", a espiar, recoger aceitunas, segar algarrobas, cortar guisantes y aún, les sobraba tiempo para quedarse embarazadas, (qué tiempos aquellos) ir a pedir a la vecina un poquito de sal, aceite o vinagre (que mañana te lo devuelvo) y con esa excusa se contaban sus cuitas:

- ¿Sabes que a la hija de fulana la ha picado una avispa y se la está hinchando la barriga?

- ¡No me digas! Pero si parece una mosquita muerta. A ver si ha sido un "Obispo"

- No, hija, aquí no hay curas con esa categoría.

- Digo yo, de los que tienen el apodo...

- Ahh...

- Pues mira, al hijo de zutano le ha vuelto a dejar la novia. La buena de su madre no gana para disgustos.

- Ya es la tercera, no sé que las hará.

- Igual es por lo contrario.

- ¡Claro! De todo hay en la viña del Señor.

- ¿Sabes lo que dice mi suegro? Ya sabes el tío "Quintín": que cuanto más predica el cura lo del sexto mandamiento, más amanece su trigo tumbado, causa y efecto, dice él. Yo no sé qué será eso.

- Dime hija ¿Eso del 6º mandamiento, qué cosa es?

- La castidad, hermana, la castidad...

- Ah, ah... En algún sitio se tendrán que tumbar. Eso le pasa por sembrarlo cerca del pueblo. La cabra tira al monte y como predicar no es dar trigo, algunas se tienen que casar a la carrera para que no se les note mucho el "bombo"

- ¿El del tío "Portales"?

- ¡No! El otro, aunque los dos se llevan delante.

- ¡No lo dirás por mí, que a honrada no me gana ni la madre que me parió! De todas formas mi Paulita nació sietemesina, por eso la gente mal pensó...

- Pues mia tú, eso es una cosa que no sabía yo. Bien requeteguapa que es.

Así, y sin quitarme esas pajas, tiraban del hilo, deshacían el ovillo y fabricaban más de una historia... De casta le viene al galgo correr y aquí en La Puebla, patria de nuestra señora Celestina, unas por devoción y otras por afición, no te han zurcido los calcetines y ya empiezan a cortarte el traje.

Entre todas las vecinas, la más famosa era la "Tía Juana" la "Garisa".

- "Juana" ¿Por quién doblan las campanas?

- Por el "Carachucho" pobrecito, con lo bueno que era y mira, Dios le ha llamado a su lado. (Las dos se santiguan y besaban el dedo gordo)

- Dime, ¿Dónde has comprado esas habas tan buenas?

- Al "Carpeño" ya sabes, ese que viene de Carpio con el burro, y amás son baratas.

- No te has fijado. No es un burro, es una burra.

- La "Herrera" que pasa, se asocia a la charla y las informa.

- Me ha dicho mi marido, que de eso sabe mucho, es ganadero, que no es ni burro ni burra, que eso se llama "mafrodita"

- ¡Qué cosas hay que oír! Yo diría que esa palabrota es un insulto.

- No lo digas, que si alguien te oye, te lo pueden poner de apodo, ya sabes como somos los pueblanos...

- ¡Jesús, José y María! Dios no lo quiera, me voy.

Las calles estaban empedradas, y existía el oficio de "Empedraor" y el de "Paragüero y Lañero" que lo desempeñaba "Cánovas", los muchachos le seguíamos para verle poner lañas a los lebrillos y soldar con el calor de cuatro palos, pucheros y cacerolas, gastados de estar a la lumbre de paja de las chimeneas, sin nada que cocer, lo mismo que nosotros que a falta de pan, buenas son tortas, dábamos patadas a las piedras por ver si por un milagro se convertían en panes. Los peces, los íbamos a buscar al río y mientras bajábamos y subíamos, las madres descansaban unas cuantas horas de nosotros.

Las cigüeñas pescaban en la "Chera" y "Carachucho" y su amigo "Ezequiel" el "Relojero" de la "Plazuela de Justino", tiraban el anzuelo pensando las carpas eran incautas y se iban a dejar prender. Se comían las patatas cocidas que echaban de cebo, y al que ponían en el anzuelo decían: "Ni tu pa mí, ni yo pa ti" con lo que los dos volvían al pueblo, como nosotros: "Si te he visto, no me acuerdo" cansados y desilusionados.

También solíamos ir a la pastelería de la "Guapa" y con la nariz pegada a los cristales del escaparate, rezábamos a Santa Bárbara para que hiciera el milagro, nunca mejor dicho, de que saliesen los dulces y empezasen a retozar en nuestras desoladas barrigas. Nunca ocurrió, pero la esperanza no debe perderse.

Una tarde, en la "Plazuela de Manduca" que en realidad se llama "Plaza de la Cruz" viendo que de la taberna del tío "Chulo" salían voces y llores, nos acercamos, más que por las ansias de saber, que eso no ocupa lugar, ni mata las hambres, por las de cotillear, o gaspachear buena afición pueblana que no ha caído en desuso.

El marido, allí tan pancho, más ancho que alto sirviendo vino a los parroquianos; su mujer desesperada viendo en el corral sus cerdos: uno saltaba, el otro se caía, otro vacilaba y a lágrima tendida y moco caído, pedía socorro porque sus animalitos se habían vuelto locos.